

se conformó al cabo, sin caer en la cuenta de cuya era la verdadera causa de duelo semejante.

Al domingo siguiente fué la talla y declaración de soldados. De uno de los mozos se dijo que, para no llegar á la talla, no probó otra cosa que agua desde la víspera á medio día, y después, digno émulo del señor Frutos en su caso, salió del pueblo anohecido y no volvió hasta las cinco de la mañana, trayendo el cansancio de ocho horas de camino por sendas, vericuetos y carreteras, y una bota mediana, de aceite, que se llevó, vacía y todo el líquido en su estómago. También vinieron, tempranito, los mozos de algunos pueblecillos circunvecinos, que por ser éstos muy reducidos acudían á tallarse en Villembrines; y asimismo el tallador, sargento muy forzado, como era menester para el caso, de peor catadura que el moro Faquimo, con bigotazos negros, y de aquellos que llevan la gorra de cuartel agachada sobre la oreja izquierda, y hablan en andaluz aun cuando no han nacido en Andalucía.

Pero de los mozos de Villembrines ninguno se salvó por la talla, cosa que ya sabían ellos de antemano, pues los mozos de Villembrines eran muy buenos mozos.



## XIX

Una visita de don Lucas, y una noticia muy mala



**P**asó justa una semana sin que ocurriera suceso alguno que de mencionarse sea. Manuelilla y Esteban se vieron y hablaron todas las tardes muy contentos, al parecer; mientras los tertulios murmuraban más ó menos, y el cura jugaba al tute (juego en que tenía fama de afortunado y diestro) en compañía del alcalde, ó del señor Frutos, aunque éste prefería el chilindrón ó la pechigonga.

Llegó el domingo, y don Lucas se compuso como en los días que repicaban gordo, con la levita de alpaca, la corbata de seda azul y blanca, el pantalón de lanilla claro y el sombrero de copa. Así ataviado, con un bastón, que no era el de autoridad, bajo el brazo, vieronle los vecinos dirigirse, poniéndose los guantes, hacia casa de los Horcajos, donde se dejó caer entre tres y media y cuatro. Fué pasado á la sala, donde se presentaron ambos

cónyuges. Le saludaron con agasajo y extremados cumplimientos, le condujeron á un sofá, hicieron que se sentara en él, y ellos se colocaron en dos sillones.

El alcalde habló primeramente de lo excesivo del calor, mientras paseaba por su cabeza y cuello un pañolón de seda de muchos colorines; después, por centésima vez, de lo mal que se recaudaba la contribución; luego, por diezmillonésima, de la cosecha; luego de otras zarandajas muy manoseadas; y por último, creyendo que todo esto era preámbulo más que suficiente, decidióse á abordar la cuestión principal.

—Pues mi señora doña Antonia, y mi señor Homobono—dijo—ha llegado el caso (creo yo que ha llegado el caso) de que hablemos de los negocios de los chicos. Ya se ve, como uno se va haciendo viejo y luego se muere y deja el fruto de sus trabajos, sus haciendas y su fortuna al que lleva su sangre juntamente con su nombre y honra, justo es dejarlo también con esposa para que se haga más hombre y más juicioso. Además de que es una satisfacción para un padre ver á su hijo ya casado y feliz.

—Es verdad, habla usted muy bien, señor don Lucas—dijeron ambos cónyuges.

—Mi Esteban no es ninguna lumbrera, ni posee tesoros escondidos... pero...

—¡Por Dios, señor don Lucas! Demasiado sabemos lo que es y lo mucho que vale el Esteban—repuso la Antonia.

—Pero, en fin, él no es tonto—continuó don Lucas—ni tampoco pobre. Además, yo le he examinado muy bien, y no me parece que ha traído malas mañas de aquel Madrid, donde tantas cosas malas abundan. En suma, yo creo que mi Esteban ha de honrar á su padre, sí señor, y á su abuelo. Él quiere bien á la muchacha, lo sé bien porque me lo ha declarado formalmente. Y la muchacha parece que le quiere á él

también. Yo ya le he dicho: tan buena podrás encontrarla; pero lo que es mejor, en ninguna parte.

—Favor que usted la hace á ella y á nosotros, señor don Lucas—dijo la Antonia.

—No señora, no. La Manuela ya sé yo que está criada con muchísimo celo, y que es muy buena, y que sabe lo que es trabajar en casa.

—Ay, eso sí señor; porque, otra cosa podrá tener, ya ve usted, al cabo, como aquel que dice, es hija de pobres; pero, camisa que ponerse no le ha de faltar á su marido, que hacendosilla lo es.

—Bueno, pues queriéndose los dos, nada más natural que les echen las bendiciones, y *pax Cristi*. De ustedes no hay que hablar, que como decía mi padre: Los Horajos el oro del pueblo.» Ya saben que les estimo tanto ó más que mi difunto padre (que esté en gloria).

—Ay, señor don Lucas, cuánto nos honra usted!—murmuró el Homobono.—En cuanto á nosotros, bien lo sabe usted: no hemos tenido otro aquel que por los Igualadas. Siempre han sido nuestros preferidos.

—Y que no es porque don Lucas esté delante, pero ¿dónde ha habido nunca quien se les compare?—dijo la Antonia interrumpiendo á su marido.—Bien se lo he dicho yo á la chica: hija, más suerte has tenido que tu madre y tus tías, porque el que ha puesto en ti los ojos se merece una señora principal de la corte. Tan buen mozo, tan decente, con tan provechosa carrera, y además tan bien educado.

Así continuaron los piropos y alabanzas de una y otra parte, hasta que Homobono dijo á su mujer:

—Anda, Antonia, llama á la chica para que ella misma conteste á don Lucas.

Lo que pasó allá dentro entre tía y sobrina, es de presumir.

Poco tardaron ambas en presentarse. Manuela, adentada y pulcra cual convenía, tomó asiento en el

sofá, por invitación de su futuro suegro, cortada y silenciosa.

—Manuela—le dijo el tío Homobono, con un tono melifluido, de fiesta, que pocas veces usaba—el señor don Lucas ha venido á pedirnos tu mano para su señor hijo. Nosotros, no sólo se la concedemos, sino que no acertamos á agradecerle. Pero es menester que tú digas si eres gustosa de recibirle por esposo; que aunque nosotros ya conocemos tu intención, es menester que tú misma se lo digas al señor don Lucas.

—Pero ella ¿qué ha de decir? Tan corderota y tan inocente como es, que á esta chica enjamás se la han conocido resabios—argumentaba la señora Antonia.—¿Qué ha de hacer sino querer á ese ángel que usted tiene por hijo? Bien me lo dijo á mí que le quería. ¿Verdad, muchacha? Anda, contesta al señor don Lucas.

Y la cogió la cara por la barba, manifestando un cariño á que no estaba acostumbrada la muchacha. A la pobre se la puso el rostro arrebolado y el alma tan triste, como un campo florido cuando se nubla el sol que le alumbra. ¿Qué decir? Era forzoso decidirse, y decidirse pronto, en seguida. ¿Arrancaríala para siempre de su corazón aquello que tanto apreciaba? ¿Mentiría otra vez?

—Sí...—dijo al cabo, llena de rubor.

Al oír esto esponjaronse los tíos, y no poco se satisfizo el alcalde. Creían su triunfo asegurado.

Hablaron de la boda, decidiéndose que sería pronto, dando por sentado que á los futuros les esperaba la felicidad más completa á que fuera dado aspirar en los límites de lo humano.

Por último, el alcalde se levantó, y ya se despedía cuando apareció la señora Victoria, visiblemente disgustada, fatigosa y sudando.

—A casa de usted iba á llegarme, señor don Lucas—dijo.—Ay! qué cansada vengo, Dios mío! Está tan largo

mi casa y he dado tantas vueltas!... Hola, hermana.

—Pues qué le ocurre á usted, señora Victoria? Está usted desencajada.

—¡Válgame el cielo! ¡Si ustedes no saben!...

—¿Está malo Gaspar? Pero, siéntate, mujer. ¿Quieres agua?

—No, no es eso. Es que Faquimo se ha escapado de casa.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted, señora Victoria?—dijo el alcalde con asombro.

—Lo que usted oye, señor don Lucas.

—Pero ¿ustedes saben por qué ha hecho eso, ó adónde ha ido?

—No señor. Absolutamente nada hemos podido averiguar. El caso es que si lo hubiera hecho hace poco tiempo, cuando andaba triste y como desesperado, sin saber nosotros por qué, no nos hubiera parecido extraña cualquier borricada; pero no señor: si ahora estaba más divertido que nunca!... Todo el día cantando y bromeando. Anoche se fué á acostar con los otros mozos, tan campante, y esta mañana: Pues, y Faquimo? ¿Dónde está Faquimo? En ninguna parte se le halló. Yo he subido al pueblo temprano, he preguntado, y nadie le ha visto. Unos muleteros que acaban de llegar por el camino de Zarazales no recuerdan haberle encontrado. Los carreteros y caminantes de la parte de Artal y Villatorreznos, tampoco.

—¡Válgame Dios!—dijo el alcalde visiblemente preocupado.—Pues va á ser un enredo de todos los diablos que llegue el día de Santiago, en el cual deben estar los mozos en el partido, y no se presente él. Yo haré buscar á ese pobre desdichado. Sosiéguese usted, señora Victoria, que él parecerá.

—Es cierto, según he dicho, que andaba antes á trompicones con la suerte, como él decía. A la mejor se ponía muy loco y muy atascado... Pero esto de es-

caparse... Si no sabe una qué pensar ya. Gaspar está cavilando mucho. Ya ve usted, siempre en casa desde que era una criatura, luego huérfano, y tan bueno como es... Claro, le tiene una cariño. Porque si hubiera sido otro!... ¿que se fué? pues vaya bendito de Dios ó maldito de los demonios. Esta mañana se registró el pozo por ver si es que le había dado la empecatada idea de zambullirse allí dentro.

— ¡Virgen del Carmen! — exclamó Manuelilla, que hasta entonces había estado muda.

— Porque como muchas veces hablaba de matarse...

— No piense usted eso — dijo el alcalde. — Le habrá dado, así, un pronto, un arrebató, Dios sabe por qué, y andará por ahí merodeando por unos días; pero luego, cuando menos se lo piensen ustedes, amanece por la Granjilla. Ya lo verá usted, señora Victoria. Volverá, volverá.

— Tiene razón el señor alcalde — murmuró Homobono.

— Claro, no lo tomes tan á pechos, mujer — añadió la Antonia. — Mira tú, si no vuelve, tal día hará un año. ¿Qué vale el simplón ese? Anda, que lo comá el Moro Faquimo que lo parió.

Don Lucas se fué. Victoria permaneció en el asiento en que se dejara caer, habló poco, sin dejar de enjugarse el sudor de la frente y de abanicarse, y se encajó un buen trago de agua del botijo, á pico, sin respirar.

Antonia le habló de la buena nueva, dándose mucho tono. Ella manifestó con el gesto lo poco que la agradaba, pero nada dijo.

Sólo cuando se ponía en pie para irse, murmuró:

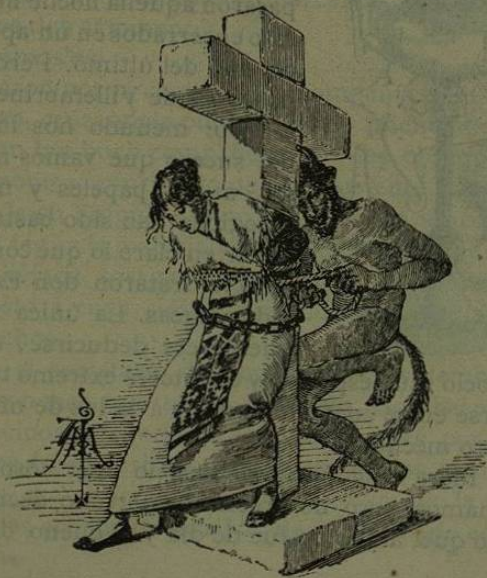
— Pues hija ¿qué quieres? cada cual tiene su manera de ver las cosas: á mí me parece que no ha escogido bien Manuela.

— Por qué? — dijo la Antonia secamente.

— Por nada, porque no me gusta ese partido. Si la chica viviera conmigo ó yo tuviese algún derecho sobre ella, lo que es con Esteban... no se casaba.

Y por evitar más réplicas, se despidió y se fué. Al acercarse á Manuela para besarla, ésta le miró de un modo que parecía decirle: «tía, sálveme usted.»

A solas después, Manuelilla lloró mucho. Las nuevas de Faquimo convenían muy bien con sus misteriosas palabras del día del sorteo; pero unido esto al último suceso, y no alcanzando qué fin podría tener semejante laberinto, parecióle su situación como la de un caminante, que en lo mejor de su ruta se viese asaltado por despiadados malhechores, los cuales, luego de robarle y maltratarle, le abandonasen amarrado á un árbol, desde donde viera alejarse á los desalmados con su fortuna. El tremendo árbol era la cruz del matrimonio, los malhechores el mismo Satanás que le amarraba con fuertes cadenas, y su preciada fortuna el fugitivo Tomás.



dijo su misa, que la debió decir antes de las seis, viósele jinete en una mula, enjaezada con albardón forrado de pelleja de oveja churra, y ataviado con sombrero de ala ancha, americana negra que solia llevar á caza, escopeta terciada y canana, salir como si á dicho ejercicio fuera, acompañado del secretario del Ayuntamiento, el cual montaba un macho muy lucido, y de un hermoso lebrél ya veterano en el oficio.

Por todo Villembrines se dijo que iban ambos en busca de Faquimo, cuya fuga era objeto de muchos y diversos comentarios y no pocas aventuras y desatinadas suposiciones, y que sin duda el propósito del alcalde era ver si los saludables y caritativos consejos del cura y la diligencia del secretario lograban traer al descarriado mozo á su suelo y hogar, para no tener que buscarle como un facineroso por medio de la benemérita Guardia civil. Cierta era, en efecto, ese propósito, que desafiando los rigores del sol de estío y la desnudez de los campos comarcanos, ponían en práctica los dos caminantes.

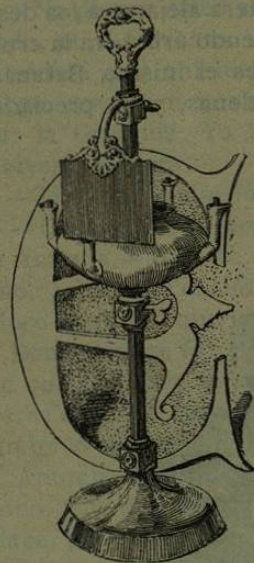
Sigámosles.

Bajaron por la carretera en compañía del Guadarza, y luego, cruzándole por un sólido puente de piedra, dejaron tan buen compañero que les obsequiaba con el armonioso murmullo de su corriente y la hermosa vista de su límpido espejo, que parecía un retrato del alma, según la materializamos en el pensamiento como cosa diáfana, sosegada y cristalina, y subieron por un recuesto á cuya siniestra mano se extendían sendos barbechos.

Era el secretario de don Lucas el villembrinés de más conchas que se ha conocido. Gozaba entre sus convecinos categoría de semi-dios, pues por sus cualidades especialísimas para manejar los asuntos concejiles, era un irremplazable *factotum* de la alcaldía. Él se las echaba de terrible, de previsor, de equitativo

XX

Un viaje por los desiertos de  
Castilla



s fama que el cura y el alcalde pasaron aquella noche un buen rato encerrados en un aposento de casa del último. Pero ni el posadero de Villembrines, que tan por menudo nos informó del suceso que vamos narrando, ni los papeles y noticias recogidas han sido bastantes á poner en claro lo que con tanta reserva trataron don Ezequiel y don Lucas. La única verdad que parece deducirse, es que un negocio muy espinoso y de interés extremo trató de ventilarse entre cuatro paredes y á la luz de un velón de cuatro mecheros.

Pero fuera cual fuese el negocio (que nosotros lo sospechamos, pero no creemos oportuno decirlo), es lo cierto que, así como fué de día y el bueno del cura

y necesario, é imponía á todos el deber de creer en su honradez con fe tan ciega como la que tuviesen en Jesucristo y en la vida perdurable; y conminaba á los descreídos ó desconfiados con las iras del omnipotente don Lucas. En la doctrina del tal secretario, don Lucas era Dios y él la cabeza visible de la Iglesia.

Sin embargo: don Lucas, que para él era más que Dios, porque era tirano, omnimodo é inflexible; don Ezequiel, á quien miraba como si fuese su padre, según solía decir algunas veces; y el señor Frutos que sabía imponérsele y le miraba por encima del hombro, y á quien él llamaba su *maestro* por disimular con bromas la cordial antipatía que le profesaba, formaban la Trinidad que el amanuense adoraba en la tierra, y eran los únicos que le paraban los vuelos en sus alcaldadas y parlanchinerías.

Agapito Membrillo (tal era su nombre), tenía un físico capaz de entusiasmar á cualquier artista de los que buscan carácter y realismo, pues el rostro enjuto y pomuloso, de color cetrino, grandes ojos negros y bigote de guías levantadas y vueltas, y grave gesto de embuste y bellaquería unido al sombrero de ala ancha, asemejábale á uno de aquellos cofrades del *Gran Tacaño* en el arte de perseguir bolsas, que Quevedo retrató con ingenio tan portentoso y agudeza tan peregrina. Sus miembros eran delgados, y todo su porte y empaque muy chistoso y singular.

Andando, andando, dieron los caminantes en el pueblecillo de Abroca, que era el primero que se hallaba siguiendo la carretera, y allí casi no faltó casa dónde indagar ni vecino á quien preguntar acerca del desaparecido en cuya busca iban. Pero nadie supo darles razón. Los carreteros y arrieros que por el camino hallaron, tampoco.

Con esperanza de encontrarle más lejos, se aprontaron á seguir su viaje con rumbo á Zarazales, donde

pensaban comer de lo que en unas alforjas muy repletas se había traído Membrillo. Y como por la novedad del caso y por su natural alegre iba el tal Membrillo muy inclinado á la broma y el dicharacho, sacó á relucir una botella de lo añejo, y poniéndola con cierta solemnidad á la distancia de su cuerpo que le permitía el brazo, exclamó guiñando los relucientes ojos con picardía:

—Padre cura, reze usted tres rosarios á San Pedro Jiménez, que si no, no se le dejo catar.

—Calla, borricote.

—Pues no hay más, que como no le reze usted, no le prueba. Mírele, mírele cómo reluce, ¿eh? Si sabrá el señor Agapito cómo se viaja por su tierra!

—¿Y de dónde la has sacado, tunante?

—Se la pedí á don Lucas. Y no crea usted, que no me la quería dar. Tiene en la bodega unas botellitas de éste, que le regaló no sé quién de la corte, sólo que no quiere que se sepa.

—Ya estás tú bueno, ya!

—Sí, que le hará usted ascos luego... ¿Pues y este otro mozo que viene aquí?—dijo sacando y presentando un frasco de aguardiente.—Cómo se transparenta, ¿verdad? Vamos, un traguete á la salud de Faquimo, señor cura.

—No, ahora no; después, cuando comamos.

—Vamos, empine el codo su paternidad, que esto abre el apetito aunque sea á un gigante de piedra.

Al fin don Ezequiel se echó un trago y luego Agapito otro, que valió por tres, y... (con perdón sea dicho) soltando un berrido formidable cuando se quitó la botella de los labios, dijo con voz enronquecida:

—Lo que es yo, si fuera cura, no había de decir misa más que con esto.

—No seas bruto, Agapito.

—¿Usted sabe, don Ezequiel, si por ventura este licor

le inventó Nuestro Señor Jesucristo?—repuso muy serio Membrillo, que le divertía ver cómo se incomodaba don Ezequiel.

—¡Pero tú estás empecatado hoy!

—Pues yo, estoy en que sí.

El cura no contestó á esto: había visto un pájaro á tiro, y tomando rápidamente su escopeta, dióle muerte con una certera perdigonada. El lebrél se apresuró á recoger la víctima.

—Buen tino, señor cura. ¿Ve usted? Antes ha desperdiciado usted lo menos ocho tiros, y en cuanto ha bebido la gracia de Dios, está usted tan listo. Si esto torna los tontos en avisados y los hipocondríacos en divertidos. Con veinte botellitas como ésta, hacia yo quebrantar los votos á cincuenta teatinos, aunque fuese Viernes Santo.

Todavía dijo más disparates Membrillo, pero don Ezequiel no quiso oírle ni contestarle, con lo cual consiguió que se callara.

Distinguieron á lo lejos, sobre un montecillo, una ermita de muros cenicientos y pobre tejado adornado por la cuidadosa naturaleza con jaramago y musgo. Sobre la puerta alzábanse dos palos unidos por un travesaño del cual pendía una campana; y encima del travesaño había una cruz de hierro. A la ardiente claridad del sol africano, que vierte poesía en los campos de nuestra España, sobre el fondo azul intenso del cielo, en aquel día de Julio, en medio de aquella llanura desnuda, sin un árbol, que tenía por límite las achatadas lomas, alla, lejos, muy lejos... la ermita estaba rodeada de una sosegada quietud, tan pobrecita, tan apartada, tan melancólica y conforme con su pobreza, que parecía uno de aquellos hombres austeros que en los primeros días de la iglesia cristiana se retiraban á vivir en el yermo.

Haciale compañía, solamente, y eso á distancia de

dos tiros de piedra lo menos, un desenfrenado loco, de esos que azotan furiosos al viento con cuatro brazos á la par. La ermita era la imagen de la mansedumbre, el molino de la desesperación.

Algo de esto presintió, á pesar de su escaso sentimentalismo, el sencillo clérigo de Villembrines, pues dijo á su acompañante:

—Mira, mira ese cuál se mueve y gesticula como un condenado, mientras la casita de la Virgen está tan queda como un sepulcro. Anda, vamos allá. Rezaremos á la Virgen del Molino y saludaremos al hermanito Francisco.

Pusieron rumbo hacia la ermita, y así que llegaron y echaron pie á tierra, llamó don Ezequiel á la puerta. Cuando ésta se abrió, mostró á los viajeros la venerable figura de un anciano de barba luenga y crespa; rostro de facciones finas pero amarillo y arrugado, y ojos azules, cuya expresión de bondad y bienaventuranza era semejante en un todo á la de su vivienda. Vestía tosco sayal pardo, ceñido por una cuerda de nudos á la cintura, bajo el cual asomaban los pies desnudos.

—Ave María, hermano Francisco.

—La Virgen Santísima le guarde y le defienda, y también á su compañía—contestó al cura el ermitaño.

—Entren, entren á ver la señora mía—añadió.

Así lo hicieron ambos caminantes. Después que hubieron rezado ante la Virgen del Molino (pues tal era el nombre de aquella milagrosa imagen, porque decían haberse hallado en el molino cercano cuando de aquellas tierras se fueron los moros), don Ezequiel dijo al ermitaño cuyo era el objeto de su pasada á aquella hora, y le preguntó si por acaso había visto al mozo cuyas señas le dió.

Al oír todo esto el hermanito Francisco, pareció pre-

ocuparse, y después de un momento en que no desclavó los ojos del suelo, dijo:

—Pues mire usted, ese muchacho pasó aquí la noche de antes de ayer hasta que casi clareaba el día. Me pidió hospedaje por el amor de Dios, y se lo di, como á otros caminantes otras veces.

—Tate, tate, que ya hemos hallado la liebre—dijo el cura muy sorprendido.—¿Y dice usted que se marchó antes de amanecer? ¿Pero no le dijo á usted nada de á dónde iba?

—Nada sé—contestó el ermitaño.

A don Ezequiel le dió la espina de que el hermanito Francisco sabía algo, y le apretó con muchas preguntas, pero nada pudo sacarle.

Despidiéronse, pues, de ermitaño y ermita, y tomaron rumbo á Zarazales, á buen paso, pues era ya tarde: eran las once y media.

Al cabo de una buena pieza ofreciéronseles unos inmensos prados donde Dios sabe las hanegas de trigo que habría. Segándole había muchos hombres cuyas camisas blancas y morenos rostros, con el sol que les daba de plano, lucían sobre la mies. Después de las eras veíanse las casitas del pueblo, reunidas en medio de una hondonada, en derredor de un campanario. Era éste de ladrillo, y según acusaban las ventanitas, que tenían igual forma que el ojo de una cerradura, según observó Membrillo, estaba construído por artífices moros. Con efecto, la torre y la iglesia de Zarazales eran una maravilla escondida é ignorada de arquitectura mudejar.

Llegaron por fin á Zarazales, donde tan inútiles fueron sus pesquisas como en Abroca, y eso que al acercarse á ciertos nidos donde sospechaban que podría esconderse el fugitivo, se valieron de ingeniosas protestas y sagaces rodeos para inquirir y averiguar.

Don Ezequiel creyó imprescindible visitar al cura de Zarazales; y éste tomó tal empeño porque el visitante y su camarada se quedaran á comer con él, que no hubo otro remedio sino aceptar. De esto resultó, que como ellos llevaban ya provisión y Membrillo no quiso que se desperdiciara, sobre todo el vino, el tal Membrillo se puso en un estado de buen humor, que cuando tomaron de nuevo las cabalgaduras y el camino, la alegría del mosto se le salía por todas las ventanas de la cara.

A la salida del pueblo, quiso el diablo que toparan con una zagala de buen talle y gentil hermosura, la cual estaba tomando agua en un arroyuelo. Al llegar junto á ella, ella les saludó como es costumbre en el campo, y Membrillo parando su cabalgadura y deteniendo también la de don Ezequiel, encaróse con la muchacha exclamando:

—Señor cura, diga usted si en todo Zarazales, ni en Villebrines, ni en Francia, ni en las Indias, se puede ver una cara más linda que esa, ni unos ojos con más luminarias, que fusilan con mejor tino y más pronto que una compañía de cazadores. ¡Voto á cien botellas de San Pedro Jiménez, que esos carrillos están pidiendo una docena de besos cada uno.

—Mentecato! déjame á mi de contemplaciones ni requiebros—dijo el cura desviando de súbito su caballería y adelantándose.

La muchacha, á todo esto, ruborizada y confusa, se volvió de espaldas y cara al arroyo.

Membrillo siguió al cura, diciéndole:

—¿Pero no es más verdad que el sol? ¿De qué se asusta su paternidad? Pues sí, que allá en sus juventudes habrá usted diableado con mozas más bravías que esa. Si parece las manzanas en sazón, que siempre se están ofreciendo.

—Vamos, cállate.



—Ahora se me ocurre que ha debido usted convidarla á subir á ancas de su mula, y la llevaba usted así, abrazada.

Agapito pretendió acompañar su frase con la acción de abarcar con ambos brazos la humanidad de don Ezequiel.

—Quita, zopenco y cállate.

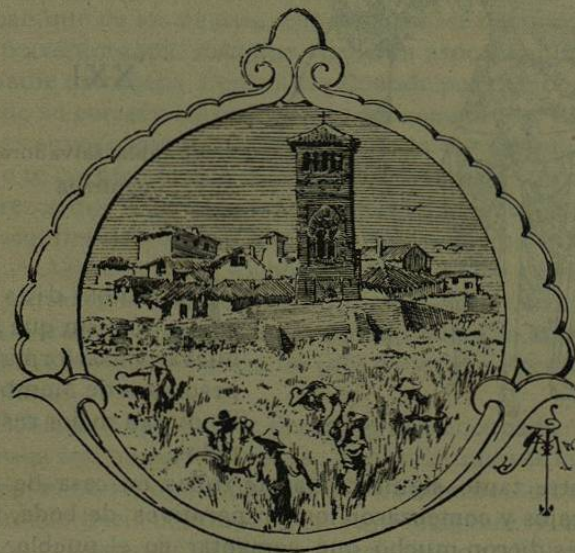
—Pero vamos á ver, señor cura: con dos botellitas del Perico Jiménez, otras dos del bendito aguardiente, una, por añadidura, del tinto que hemos bebido en Zarazales, y la niña esa... ¿no es cierto que se podía ir uno al cielo muy á gusto?

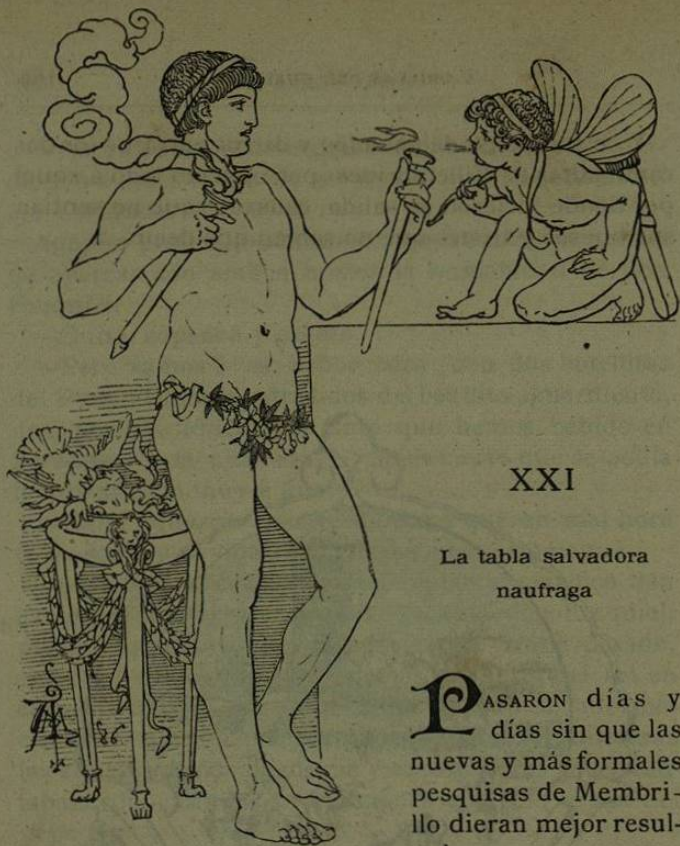
—Dale! ¿querrás callar esa boca que en mal hora te ha soltado el vinazo que llevas en el estómago?

Después que consiguió incomodar al pacífico don Ezequiel, Membrillo se calló. Y como don Ezequiel, por ser aquella hora la de la siesta, se sentía pesado, empezó á dar cabezadas. Además, la fuerza del sol en aquellos campos tan despoblados de árboles, adormecía, así es que fué por mucho rato sin hablar; mientras las siluetas de cabalgaduras y cabalgadores se agigantaban con extrañas proporciones sobre la arena del desierto.

¿Qué más diremos de este singular viaje, que tan largo se va haciendo, para evitar que imiten los lectores al cura de Villembrines? Qué todavía tocaron en Artal y Villatorreznos, donde ninguna noticia consiguieron tampoco; que luego de dejar á la espalda ambos pueblecillos hallaron el Guadarza; y en fin, que en tan agradable compañía tomaron la ruta del lugar, cuando el sol alumbraba desde el borde de las lejanas montañas, y el azul del cielo era menos diáfano é intenso, y cuando los ganados volvían á sus establos, y los carros de mies, abultados como casas, con la horquilla, que sujetaba los haces, derecha en lo alto, iban también en procesión hacia el pueblo.

Y en compañía de ganados y carros entraron los dos caminantes en Villembrines, por opuesto lado á aquel por donde hicieron su salida, cansados que no sentían sus huesos y tristes que no sabían qué decir.





## XXI

La tabla salvadora  
naufraga

**P**ASARON días y días sin que las nuevas y más formales pesquisas de Membri- llo dieran mejor resul- tado.

Entre tanto siguieron las tertulias en casa de los Horcajos y comenzaron los preparativos de boda, los cuales dieron mucho que comentar en el pueblo. Se dijo que don Lucas había encargado á Madrid el vestido para la novia y otros varios regalos: alguna vecina curiosa propaló la voz de que la ropa que estaban confeccionando, tía y sobrina, era mucha y muy rica; y últimamente, todos aguardaban el fausto suceso de la unión de las casas de Igualada y Horcajo, como cosa nunca vista, que habría de llenar de asombro por lo espléndido, y hacer época en la historia de Villembrines.

Entre tanto ¿qué pensaba Manuelilla de su situación,

cuando el novio iba á obsequiarla como á princesa, llevándola á la histórica morada de sus descendientes y rodeándola de cuidados y agasajos: cuando no sólo sus tíos, sino todos los conocidos y amigos hallaban la boda tan ventajosa que más no podía serlo; y cuando, por otro lado, Faquimo había desaparecido, tal vez llevado de la desesperación porque entendía al cabo la distancia que había entre él y el objeto de su loco amor? ¿Qué pensaba pues? Lo mismo delante de Esteban que de los de casa, ella mostrábase como confusa ó avergonzada, cosa que, dado su aspecto aniñado, á nadie extrañaba. Pero ¡ay! ¿Cuándo podrían borrarse de su corazón los juramentos del enamorado Tomás y los suyos? Nunca... «Desde ahora te digo... qué más que te cuenten lo que te cuenten de Tomás, y aunque parezca que todo se le vuelve contrario ó enemigo, no desconfíes de volverlo á ver, ni pienses que no te quiere...» Así se lo había dicho, y ella no podía *desconfiar de volverlo á ver* ni menos *pensar que no la quisiera*.

Lo creía en efecto, tan firmemente como en la salida del sol ó en la existencia de Dios. Tomás no podía engañarla.

Poníase, á ratos, muy pensativa y preocupada: suspiraba con harta frecuencia, y más de una vez la sorprendió su tía de pechos en la ventana de su cuarto mirando hacia el campo; por cuya holganza y abandono la reprendió. Empezó á decir que quería bajar á la Granjilla para ver al abuelo y hablarle de la boda, pero la tía no quiso dejarla. Insistió Manuelilla, se resistió la tía y después de mucho porfiar, consiguió el anhelado permiso la víspera del día en que se iban á tomar los dichos; pero la tía le dijo:

—Bajarás conmigo.

Y Manuelilla se dijo:—«La tía sospecha algo».

Con efecto, aquella tarde bajaron á la Granjilla.

La Antonia no habló de otra cosa que de la boda.

Victoria no desplegó sus labios y estuvo muy seria. El abuelo tampoco habló, porque el pobre, tan temblón como estaba, hacía bastante con oír y acariciar á su nieta. Gaspar fué el único que hizo algunas preguntillas acerca del suceso, y quien después invitó á la Antonia á pasear por la huerta y ver unos plantíos nuevos de brécoles y calabazas. La Victoria les acompañó de manera que Manuelilla quedó sola con el abuelo.

Entonces la pobre zagala, que estaba sentada á los pies del anciano, levantó el rostro y con mirar le dirigió una súplica muda, pero tiernísima.

—¡Hija! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?—dijo él tomándola el rostro con ambas manos.

Ahogada por los sollozos, la desdichada, apoyó la frente sobre las rodillas del viejo y lloró, pero tanto, tan amargamente, que el pobre abuelo, enternecido sin saber de qué, lloró también.

—Agüelo—dijo al cabo—me quieren casar por fuerza... y yo no quiero...

—¡Manuelica! ¡Lloras porque eres una niña! ¡Si él te quiere tanto, y es tan rico y tan buen mozo! ¿Por qué no quieres casarte? ¡Igual le pasó á tu madre (que en el cielo está): antes de casarse lloraba, hija mía, como tú ahora. Lloraba porque iba á dejarme...

El abuelo tornó á llorar enternecido con los recuerdos que evocaba.

—Pero no, agüelo es que yo... Yo lloro porque no le quiero. No, no le quiero.

—Sosiégate, chica. ¿Por qué no le quieres?

En esto entró la Victoria en la habitación.

—Tía, tía—exclamó Manuelilla incorporándose y volviéndose, de rodillas hacia ella:—¡Me casan por fuerza! ¡No le quiero!

—¡Alma mía! ¿qué dices?—dijo con asombro la tía abrazando á la muchacha y levantándola del suelo.—¿Pero tú se lo has dicho así á mi hermana?

—Sí señora que se lo dije—repuso la joven serenándose—y me riñó mucho. ¡Ay! yo no me voy de aquí, yo quiero quedarme con usted, yo no quiero volver al pueblo, no quiero verle más, no quiero casarme...—y otra vez hizo pucheros con amargo desconsuelo.

—Pero ¿no clama esto á los cielos? ¿No es esto una tiranía como no se ha visto enjamás?—gritó la tía retrocediendo dos pasos con ademán de ira.—¿Con que quiere obligarte?

—Sí señora, y me ha dicho que si no me caso me envía á servir á Madrid...

—¡Cómo!—interrumpió la tía frunciendo el ceño é inclinándose de súbito hacia la sobrina como para oírla mejor.—¡Tú! ¡La hija de mi hermana sirviendo en Madrid? ¿Tú? ¡No! ¡no!—añadió luego incorporándose, con aire de triunfo.—Quédate aquí, que este negocio tengo yo que arreglarle.

Y sin decir más, la vieron salir del aposento y la sintieron alejarse pisando recia y precipitadamente.

En silencio quedaron anciano y zagala. Poco á poco fué reponiendo él y consolándose ella. Sólo el uniforme rumor de un reloj que en un cuarto contiguo había y los suspiros bruscos y nerviosos de Manuelilla turbaban tan callada espera.

Pasó mucho rato. Al cabo sintiéronse voces ininteligibles y furibundas en lo interior de la casa: después, en el pasillo, el golpe, contra la pared, de una puerta que fué abierta con brío; y entonces, clara y distintamente, la voz de la Victoria, que decía:

—Bien, pues ya lo sabes: aquí no tenéis que aportar para nada; ni vosotros ni ella. Haz cuenta que tu hermana se ha muerto, Antonia. Y acuérdate de lo que te digo: la chica va á ser muy desgraciada por tu culpa.

—Bueno, pues eso es cuenta mía—murmuró la Antonia viniendo por el pasillo.

Y presentándose en la puerta, dijo á la sobrina con enojo:

—Muchacha, anda. Vámonos, que yo te enseñaré á decir que te obligo á casarte. ¿No le diste tu palabra al señor don Lucas? Anda, anda... Adiós, padre.

Manuelilla sintió que su corazón se sublevaba con indignación y cólera inexplicables; quiso decir algo, pero la misma fuerza de su rebeldía la hizo como jurar ó emplazar una venganza ó resolución extrema.

Acercóse al abuelo, recibió de él un beso y salió tras de su tía. Ni a Victoria ni á Gaspar encontraron en el pasillo ni fuera de la casa. Tomaron las pollinas que las habían conducido y se subieron al pueblo sin hablarse una palabra.

Cuando ya estuvieron en casa, la tía Antonia le dijo con tono duro, que hacía más tremendo lo quedo y pausado de la voz:

—Mira, Manuela; tú podrás hacer lo que quieras; pero porque estés encaprichada con cualquier zopenco del pueblo, yo no te consiento escándalos ni melindrerías. Te casas, porque así lo has dicho; y si no, ya sabes... Bueno; ya lo sabes... Y mira que conmigo no juegas.

Manuelilla no contestó.

Después, allá, donde viven esos duendes que saben de nuestras pasiones y de nuestros intentos, y de las cosas del mundo y de las que están fuera de él, hubo un debate terrible: se trató un tema trascendental y peligroso. Hubo duende que dijo, que en el mundo no había sino engaños y sólo era verdad el amor: el amor que no podía extinguirse nunca porque después de la muerte debía ser Dios mismo quien casara las almas. Otro dijo que los engaños y vilezas de las criaturas en la tierra no podían destruir el amor, y que así, á tales acciones era lo mejor corresponder con otras semejantes. Otro añadió que toda promesa que no se hiciera con el corazón á nada obligaba, porque era falsa; era como si no se hiciera. Y en fin, otro duende

afirmó que los hombres eran muy pequeños para comprender lo que valía un alma sencilla y enamorada y los intentos de una pasión noble.

Después de escucharlos aquel espíritu, ciego, ofuscado, irritado, rebelde, se propuso buscar medios rastroeros y viles para alcanzar su intento como si tal acción envolviera una venganza, y con una especie de complacencia salvaje se dijo irónicamente:—«Si, me casaré, me casaré, pero los engañaré á todos, porque mi corazón no se le llevará, no; que es de Tomás y suyo será siempre. Se lo he jurado.»

Y luego de esta monstruosa decepción á que sólo puede llegar el entendimiento humano por la ceguera que en él ponen las pasiones violentas y contrariadas, Manuelilla se manifestó muy satisfecha. Pero en su interior... su buen sentido moral estaba como paralizado, su sensibilidad como dormida, su candor como marchito. Su alma, antes hermosa, por la pureza que en ella resplandecía, ahora estaba deforme, indiferente, mustia, y sólo firme, inquebrantable y vigorosa para amar y desear inconscientemente al desventurado Tomás.

